



Retrato del general Miguel Ricardo de Álava y Esquivel. Autor desconocido (segunda mitad del s. XIX). Museo de las Bellas Artes de Álava, Vitoria.

## EL GENERAL ÁLAVA Y LA RECUPERACIÓN DE LOS CUADROS ROBADOS POR LOS FRANCESES

JOSÉ MARÍA MARCO

En 1803, la Galería que conservaba las obras de arte reunidas por la Corona francesa y la Revolución pasó a llamarse Museo Napoleón. Hasta entonces el Museo había sido una exposición pública que combinaba la exhibición de *la majestad del soberano* -ya fuera el Rey o el Pueblo- con su difusión, destinada a curiosos, aficionados e “*inteligentes*”, como se decía. A partir de ese momento se convirtió en la mayor exhibición jamás reunida de obras artísticas, accesibles al público general y destinado por tanto a fomentar el arte y su inteligencia en

la sociedad. La obras de arte albergadas en una sola galería permitirían su conservación y su comparación, y, en consecuencia, una visión universal de las más bellas expresiones del espíritu humano. Con un poco de suerte, como venían argumentando desde mediados del siglo XVIII los teóricos de esa nueva institución destinada a llamarse Museo, también propiciaría un nuevo florecimiento de las bellas artes. El *espíritu de las Luces* alcanzaba así sus últimas consecuencias y encontraría su apoteosis en París, apuntalada definitivamente como capital de un mundo que vería en el Museo y en la capital

de Francia el faro que iluminaría el advenimiento de la nueva era, bajo la guía firme del caudillo que encarnaba, a su vez, el espíritu de la Razón y llegaba para poner su glorioso punto final a la Historia. “*Los frutos del genio* -escribió un pintor de la época- *son patrimonio de la libertad*”. Entiéndase: del Museo Napoleón.

Para tamaña ambición no bastaba las colecciones reunidas por la Monarquía francesa. Las guerras revolucionarias abrieron el camino de la importación por la fuerza de obras de Rubens desde Bélgica. No siempre fueron bien recibidas. Eran pinturas de tema

religioso, lo que no agradaba demasiado a quienes querían sustituir las religiones reveladas por el culto al Estado laico. También hubo quien, como Quatremère de Quincy, argumentaba, en contra del universalismo ilustrado, que las obras de arte se entienden y se aprecian mejor en el contexto para el que fueron creadas. Entre quienes mantuvieron esta opinión en un primer momento estaba Dominique Vivant -barón Denon-, que cambiaría de idea y llegó a ser el primer director del nuevo Museo Napoleón. Denon acompañó a Bonaparte durante su estancia en España entre 1808 y 1809 y estableció

los objetivos de lo que se venía a hacer: rellenar los huecos de las colecciones reales y conseguir “a perpetuidad un trofeo de esta campaña”.

Denon había comprendido la oportunidad que las campañas napoleónicas le ofrecían. Bajo la autoridad complaciente del *Empereur*, las guerras de liberación de los pueblos sometidos al despotismo se convirtieron en una fabulosa empresa de saqueo. Bonaparte lo había comprendido antes que nadie y su campaña en Egipto está en el origen de las colecciones de arte egipcio reunidas en su museo. Ahora se le abrían las puertas de casi toda Europa: los reinos y principados alemanes, Austria e Italia. De Austria, el ejército francés se trajo, a cambio de difundir la Ilustración a punta de bayoneta, 323 pinturas; de Sajonia, llegaron 421. Italia, el país de las artes y de la belleza, fue saqueada a conciencia: se recordarán episodios tan célebres como el del traslado de los caballos de la fachada de San Marcos al arco de triunfo del Carrousel. Para la llegada de uno de estos lotes se organizó en París una gran fiesta el 27 de julio de 1798, aniversario de la caída de Robespierre.

## EL SAQUEO DE ESPAÑA

España presentaba algunas particularidades relevantes. A diferencia de las demás escuelas de pintura europeas, la española era poco conocida. Estaba mal representada en las colecciones de Europa y, por consiguiente, los lugares donde se conservaban -colecciones públicas, privadas y eclesiásticas- debían estar intactos, un poco al modo de Egipto. Además, también como en el caso egipcio, España era un país atrasado, una sociedad oscurantista sometida al despotismo clerical y feudal. No apreciaría por tanto sus tesoros artísticos y no se opondría a su traslado a la patria de las Luces, donde

brillarían por fin en todo su esplendor.

Se sabe lo ocurrido. Los españoles plantaron cara al ejército napoleónico como el *Empereur* nunca soñó que lo hicieran, hasta el punto de que Bonaparte llegó a considerar la guerra de España como su mayor error. Un gran compositor, protegido de Josefina de Beauharnais, dedicó a Bonaparte, por indicación de este, una ópera de tema hispánico, *Fernand Cortez*, con la mala fortuna que el estreno llegó después de la derrota del nuevo *conquistador* en Bailén. La inesperada resistencia española trajo por consecuencia un enfrentamiento a muerte, en el que las tropas napoleónicas desataron una campaña de destrucción brutal sobre el patrimonio arquitectónico y urbanístico español. La Revolución les había proporcionado una amplia experiencia en este campo.

Y con la destrucción, llegó el expolio, operado a dos niveles. Uno el de los depredadores particulares, de los que el mariscal Soult es el modelo más acabado, dedicados a robar sin la menor contemplación, ejerciendo tal vez el derecho de conquista, las obras de arte sobre todo pinturas, pero también joyas, muebles y tapices -y dinero y metales preciosos- que más les agradaban. Durante la

ocupación, Soult realizó unos diez envíos a París con 109 obras, entre ellas quince de Murillo y unos veinte de Zurbarán, en particular la grandiosa *Apoteosis de Santo Tomás* de este último, hoy en el Museo de Bellas Artes de Sevilla. Fue recuperada porque el propio mariscal, tal vez en vista de su tamaño, la *donó* al Museo del Louvre. Soult indicaba a su mujer dónde debía colocar los cuadros: “1º *Los más bellos y agradables en tus apartamentos*; 2º *en los míos*; 3º *en los salones del primer piso*”, etc.: la *Apoteosis* no cabría en las estancias de los Soult. A la misma ralea pertenecen el general Merlin, que esquilmo el palacio de la Puerta de la Vega, en Madrid, donde se alojaba, y el general Sebastiani, el mismo que invitó a Jovellanos, sin éxito, a pasarse a las filas afrancesadas.

El segundo nivel es el del saqueo “institucional”, como lo ha llamado Leopoldo Stampa, realizado desde el poder ocupante y con episodios tan llamativos como el del Alcázar de Sevilla, donde se llegaron a albergar casi mil cuadros, o el pillaje del palacio de Godoy en Madrid tras la derrota de Bailén. El caso de José Bonaparte es difícil de clasificar por ser el titular de la Corona y al

mismo tiempo un buen burgués preocupado por garantizarse un futuro sin problemas económicos: tras la derrota, se estableció en Estados Unidos donde ejerció de terrateniente ilustrado con lo robado en España; al final, acabó poniendo a la venta lo que quedaba en Londres.

El saqueo institucional se amparaba en motivos como los que respaldaban el proyecto ilustrado del Museo Napoleón en París, así como el de la fundación en las respectivas naciones liberadas de establecimientos similares: tal iba a ser el llamado Museo Josefino en Madrid. Para este, la administración napoleónica pudo escoger también sus trofeos entre las obras procedentes de la desamortización de bienes eclesiásticos decretada por el Gobierno. Para la segunda, se tuvo en cuenta el programa de Denon y se escogieron 50 cuadros, además de otros 250 procedentes de colecciones de la nobleza, como regalo de José I a su hermano. El proceso no fue sencillo, entre otros motivos por la codicia de uno de los encargados de establecer la colección, Frédéric Quilliet, comisario de Bellas Artes del Gobierno, que aconsejó a Soult, sirvió como asesor artístico de los Ejércitos imperiales en España y se encargó



*Thieves robbing ready furnished lodgings. Scene Madrid.* Publicada por E. Walker (1808). Bodleian Library, Oxford. En esta pintura se ve a José Bonaparte y a los soldados franceses cargando con botines obtenidos del expolio.

del saqueo de la colección de pinturas de El Escorial. En el episodio intervino también Goya como pintor encargado de la selección, aunque lo hizo con bastante menos compromiso personal de lo que a veces se ha dicho, y evidentemente forzado por su relevancia en la Corte.

Al final, la colección de pinturas salió de España poco antes del colapso de la ocupación bonapartista, en seis cajas, lo que ha llegado a ser el célebre “equipaje del rey José, descrito con tanto brío por Galdós en su *Episodio Nacional*: “... Una caja en que holgaba un poco el tocador de José (así lo cuenta un testigo ocular) fue rellena con los pedruscos y los minerales de la *Historia Natural*. Entre una masa enorme de cartas geográficas iba *Nuestra Señora del Pez* [pintura de Rafael]; y *la Perla anidó con una montura fina recamada de plata y oro...*” Ya habían empezado a salir cuadros antes, como lo muestra una venta celebrada en Londres en abril de 1813, de cuadros procedentes supuestamente de la colección de la reina María Luisa de Parma y del palacio del Buen Retiro, que quedó destruido durante la guerra. En París continuaron los problemas. Al director del Museo Napoleón no le agradó la selección, aunque no por eso iba a devolver los cuadros. Una parte acabaría exhibiéndose en el Salon Carré, donde Bonaparte celebró su segundo matrimonio, con María Luisa de Austria. Como las pinturas allí expuestas dificultaban la instalación de las tribunas, Bonaparte tuvo la humorada de ordenar que se quemasen los cuadros que no se pudieran retirar.

## EL GENERAL ÁLAVA

El destino del Museo y sus colecciones estaba sin embargo tan ligado al de Bonaparte que las derrotas del *Empereur* variaron el proyecto. Aquí es donde



*La Sagrada Familia con Rafael, Tobías y San Jerónimo*, también conocida como *Virgen del pez*. Rafael Sanzio (1513-1514). Museo del Prado, Madrid. Esta fue una de las obras que José I robó y que pudo ser recuperada y enviada de vuelta a España.

interviene el general Miguel Ricardo Álava y Esquinet, nacido en Vitoria en 1772. De una familia de hidalgos terratenientes y militares, cursó estudios en el Real Seminario Patriótico Vascongado y, habiendo ingresado en el ejército, empezó su carrera militar como cadete en el regimiento de infantería en Sevilla. Pasó luego a la Marina. Participó en la defensa de Ceuta (1791), en las campañas de Italia y más tarde, declarada ya las hostilidades con Gran Bretaña, y después de un tiempo en la América española, en la fortificación del puerto de Manila. A su vuelta a España, después de haber sido hecho prisionero en el Pacífico y permanecer preso en Estados Unidos, participó en los combates navales que opusieron las flotas francesa y española a la británica en julio de 1805. Luego, en el buque *Príncipe de Asturias*, tomó parte en

la batalla de Trafalgar, en la que su navío, el *Príncipe de Asturias*, atacado por cuatro barcos británicos, sufrió bajas muy considerables, aunque logró llegar, desarbolado y casi destruido, al puerto de Cádiz. Se retiró a su ciudad natal para cuidar de su hacienda y su familia, y fue allí donde le sorprendió la invasión francesa. Álava, que había conseguido un gran prestigio como oficial, fue enviado a Bayona como representante de la Marina para la promulgación de la Constitución josefina. La firmó, pero se abstuvo de participar en los debates alegando su condición de militar. No se opuso, en cualquier caso, a la abolición de los fueros vascos.

A su vuelta, cuando los miembros de las Juntas Generales de Álava se vieron forzados por las armas a renegar de Fernando VII y a proclamar a José Bonaparte, Álava partió

clandestinamente para Madrid y se puso al servicio de la rebelión contra la invasión francesa. En 1810 fue destinado a Portugal. A partir de ahí, Álava sería el representante de las Juntas españolas ante las unidades británicas. En Portugal, Álava conoció al general Wellington y entre los dos hombres, de parecido carácter firme y directo- y lealtad absoluta a la causa antinapoleónica, surgió una amistad profunda. De Álava, el general Castaños destacó en una carta “*su decidido patriotismo, su energía y su celo infatigable por el bien de la Nación*”. Wellington, que lo conoció bien, le confió el sitio de Ciudad Rodrigo, lo que le valió ser nombrado Mariscal de Campo. En Madrid, proclamó la Constitución de 1812 y, en ausencia de cualquier otro poder, ejerció de jefe de gobierno de facto. Volvió al frente y junto a Wellington participó en la decisiva batalla de Vitoria, en junio de 1813, que acabó con la presencia de las tropas francesas en España y forzó la devolución de la Corona a Fernando VII. Tras el regreso de Napoleón desde la isla de Elba, Álava participó en la batalla de Waterloo junto a su amigo Wellington. Tuvo así el privilegio de tomar parte en la derrota definitiva de quien había querido conquistar su país.

## LA MISIÓN DE ÁLAVA EN PARÍS

El prestigio ganado por Álava como militar y como político le llevó a ser nombrado embajador del Reino de España en los Países Bajos y luego embajador interino en París. Por orden del Rey, permaneció en París junto a Wellington incluso cuando llegó el nuevo embajador. Fue entonces cuando recibió el encargo de recuperar las cerca de 300 obras de arte españolas robadas durante la invasión y que seguían exhibiéndose en el ex Museo Napoleón, ahora del Louvre. Los intentos para conseguirlo se habían estrellado



*La Batalla de Waterloo.* Jan Willem Pieneman (1824). Rijksmuseum, Ámsterdam. Entre las figuras que se encuentran acompañando a Wellington se puede apreciar al general Álava con la orden de Santiago en el pecho (segundo por la derecha).

hasta entonces contra la firmeza de Talleyrand y del duque de Richelieu, ministro francés de Asuntos Exteriores. La victoria de Waterloo cambió la situación, aunque la pretensión española seguía enfrentándose a obstáculos serios. Denon, el director de la institución, estaba decidido a que no saliera ninguna de las obras ingresadas en su museo, aunque fueran de origen ilícito. Los aliados no querían soliviantar a los franceses y Luis XVIII, por su parte no deseaba dar a entender que estaba al servicio de los vencedores.

Fue entonces cuando Wellington tuvo una intervención determinante ante los ministros plenipotenciarios extranjeros, al acudir a las conferencias diplomáticas con una nota por escrito que exigía la devolución de todas las obras de arte robadas. Los prusianos escogieron la vía de los hechos y sus tropas entraron en el Louvre,

del que recuperaron gran parte de las 119 obras robadas. Álava optó por la vía diplomática. Contó con la ayuda de su ayudante el capitán Nicolás Miniussir y de Francisco Lacoma, pintor español afincado en París, especializado en flores y bodegones, personaje atractivo por su carácter modesto y sin pretensiones, y que ya había asesorado a los funcionarios españoles en la recuperación de parte de las alhajas robadas a la Corona de España. Fueron recibidos por Luis XVIII, que les dio largas, aunque Álava decidió presentarse en el museo al día siguiente. Como la lista que le había proporcionado Denon no le satisfacía, Álava volvió a acudir al Rey y mantuvo con él una “*conferencia bastante animada*”. El monarca se rindió a sus razones. Álava había acordado con Wellington el recurso a la fuerza si las autoridades francesas no daban el visto

bueno. Con la autorización de Luis XVIII, Miniussir sacó doce cuadros del Louvre y el propio Alava, terminó por retirar lo que quedaba, muy de mañana, antes de que el público se agolpara para asistir a unos hechos que durante unos días tuvieron muy entretenidos a los y las parisinas. El final del final de la Historia no podía llegar sin su pizca de frivolidad.

Los cuadros fueron trasladados a Amberes y desde allí una fragata holandesa los trajo de nuevo a España, donde fueron almacenados y catalogados en la Real Academia de Bellas Artes de San Fernando. No se recuperó todo. *La Transfiguración* de Rafael, robada de la iglesia española de San Pietro in Montorio, en Roma, quedó en París. También quedaron en Francia los frutos del saqueo de los generales y mariscales. Sebastiani vendió su colección por una suma importante y los

herederos de Soult hicieron lo propio con buena parte de las obras robadas. La venta alcanzó la fabulosa suma de 1.417.351 francos. La misión universal de Francia daba excelentes rendimientos a las nuevas elites. Fue así como buena parte de las pinturas robadas fueron dispersadas por las colecciones occidentales y hoy -en particular las obras de Murillo y Zurbarán- se conservan en museos de Estados Unidos, Rusia, Francia, Reino Unido, Hungría, Alemania, Canadá e Italia.

Tras el éxito de su misión, Álava regresó a España y durante el Trienio Liberal llegó a ser presidente de las Cortes y pactó la rendición de Cádiz ante las tropas francesas en 1823. Luego tuvo que exiliarse a Londres, protegido por su amigo Wellington, y volvió a España con la amnistía de 1833. Con el triunfo liberal,

Álava culminó su carrera política con la embajada de Londres y el encargo -que no aceptó- de formar gobierno en 1835. Falleció en 1843.

Una parte importante de

los cuadros españoles que quedaron en el extranjero tiene su origen en los furgones del famoso equipaje del rey José. Las cajas, con cuadros robados de las colecciones

reales, acabaron en Londres. Wellington se empeñó más tarde en devolverlas a la Casa Real, pero Fernando VII, en un rasgo de generosidad verdaderamente extraordinario,

decidió regalárselos. Es el origen de la magnífica colección de pintura española que puede contemplarse en Alsley House, el palacete de Wellington en Londres.

## BIBLIOGRAFÍA

Pierre Géal, “Trofeos efímeros. Los cuadros españoles en el Musée du Louvre, ex Musée Napoléon (1814-1815)”, en E. Navarrete y A. Martínez, eds., 2015, pp. 165-187.

José Manuel de la Mano, “Goya intruso. Arte y política en el reinado de José I (1808-1913)”, en Manuela B. Carmena Marqués (ed.), *Goya en tiempos de guerra*, Madrid, Museo Nacional del Prado, 2008, pp. 55-81

Alejandro Martínez Pérez, “La ‘historia menuda’ de Francisco Lacoma Fontaner (1778-1849)”, en E. Navarrete y A. Martínez, eds., 2015, pp. 99-125.

Esperanza Navarrete y Alejandro Martínez, eds., *Patrimonio en conflicto. Memoria del botín napoleónico recuperado (1815.1819)*, Madrid, Real Academia de Bellas Artes de San Fernando, 2015.

Benito Pérez Galdós, *El equipaje del rey José*, Madrid, Alianza – Hernando, 1976.

Alfonso Rivero de Torrejón, Biografía de Miguel Ricardo Álava y Esquivel, RAH, <https://dbe.rah.es/biografias/7416/miguel-ricardo-alava-y-esquivel>.

José Luis Sancho, “Francisco de Goya y Frédéric Quilliet en el Palacio Real de Madrid, 1808”, *Boletín del Museo del Prado*, tomo XIX, n.º 37, 2001, pp. 119-142.

Gonzalo Serrats Urrecha, *El general Álava y Wellington. De Trafalgar a Waterloo*, Madrid, Foro para el Estudio de la Historia Militar de España, 2014.

G. Serrats Urrecha, “El general Álava, un embajador militar en el Louvre”, en E. Navarrete y A. Martínez, eds., 2015, pp. 41-63.

Leopoldo Stampa Piñeiro, “La diplomacia española y su papel en el retorno del expolio napoleónico”, en E. Navarrete y A. Martínez, eds., 2015, pp. 17-39.

